



CyP

Revista Cambios y Permanencias

Publicación multi e interdisciplinar
orientada a los estudios sociales

Revista Cambios y Permanencias

Grupo de Investigación Historia, Archivística y Redes de Investigación

Vol. 10, Núm. 1, pp. 11-13 - ISSN 2027-5528

Crónica fallida.

Tras la búsqueda de un monje

Fredy Peña Suescún

Servicio Nacional de Aprendizaje

Universidad
Industrial de
Santander



Grupo de
Investigación
Historia
Archivística y
Redes de
Investigación

Crónica fallida. Tras la búsqueda de un monje

Fredy Peña Suescún

Servicio Nacional de Aprendizaje

Ingeniero de Petróleos, Filósofo y Máster en Creación Literaria. Ha publicado algunos relatos cortos y crónicas en medios virtuales y poemas en antologías regionales. Autor del poemario *Teatro de sombras*, publicado recientemente. Se ha interesado en la Literatura de Segundo Grado y sus procesos de creación, principalmente en la apropiación y la doble condición semántica-material de los textos impresos, lo que le ha permitido explorar el límite entre la Literatura y el Arte. Hace parte del colectivo artístico Grupo Analítica, con quien ha realizado proyectos en el área metropolitana de Bucaramanga. Actualmente está vinculado al sector público, con el Servicio Nacional de Aprendizaje.

Correo electrónico: fpenasuescun@gmail.com

La música es uno de los caminos que pueden ser recorridos para alcanzar la paz mundial. Esta parece ser la romántica tesis de Akarpa Rinpoche, monje tibetano, reencarnación de un *mahasiddha*, quien el 9 de octubre de 2015 cantaba mantras en la ciudad de Barcelona frente a un pequeño público que buscaba cargarse de espiritualidad y reflexión con cada sílaba que salía de su boca. De manera simultánea, en el Palau Sant Jordi, en lo alto de la ciudad, una multitud se entregaba a la fiesta y a la rumba con los U2 y su más terrenal repertorio.

Mi decisión fue clara desde el momento en que vi el anuncio del *concierto*: el auditorio AXA sería mi destino de viernes. Quería experimentar de manera física la cercanía a una persona con un grado espiritual elevado, un monje -para mi fortuna-, y ser arrebatado por esa difusión de paz que comúnmente se asocia a ellos. A las seis y treinta de la tarde salí de mi casa en Sant Andreu, dispuesto a vivir en carne propia el budismo, invadido por la emoción de una primera cita y la magia de una primera vez. El dantesco viaje inició con mi descenso al metro de Barcelona. Transcurrieron cuarenta minutos entre esperas de metro y caminatas por túneles de comunicación subterráneos para realizar trasbordos, minutos que se hicieron eternos por la constante presencia de la sensación, o mejor de la certidumbre que llegaría tarde, que faltaría a mi cita con el Rinpoche. Ascendí a toda prisa de las cavernas del transporte masivo de Barcelona, tranquilizándome al confirmar que, en ese punto, en la avenida Diagonal con calle Capitá Arenas, contaba con el tiempo suficiente para llegar en punto al inicio del concierto -siete y treinta de la noche-. Con mi aparato celular en la mano, emprendí la búsqueda del AXA.

Como me sucedió desde mi llegada a Barcelona, los primeros cinco minutos transcurrieron en una intensa lucha contra mi celular, dispuesto a dejarme perdido y solo en todas partes. El Google maps no funcionaba. Vagué un rato intentando atrapar a la sobrenatural y omnipresente, pero en mi caso siempre ausente, señal de internet. Cuando pude recuperar la señal en mi aparato, en la pantalla de mi celular se dibujó la trayectoria que me llevaría hasta el Rinpoche.

No conocía el auditorio AXA pero lo imaginaba imponente, en el centro de un gran parque, rodeado de árboles y hasta con una fuente o un pequeño lago en sus alrededores: un sitio perfecto para que un monje budista pudiera cantar por la paz del mundo. Después de caminar por unos diez minutos mi guía, que desafortunadamente no era Virgilio, me indicó que había llegado al auditorio. Me convencí de que ya era hora de cambiar mi teléfono móvil: ¡estaba frente a un centro comercial! Claramente me encontraba en el lugar equivocado. Reseteé el equipo, introduje de nuevo la dirección en Google maps y reinicié marcha, esta vez con un nuevo recorrido. El guía me indicaba desandar unos cinco minutos para volver a la esquina de la Diagonal con Numancia y reemprender la búsqueda. Caminé

por la calle Deu i Mata, y terminé de nuevo en el centro comercial. Estaba perdido. El concierto ya debía haber iniciado: eran las siete y cuarenta.

Frente a mí pasaron dos jóvenes que, con teléfono en mano, imaginé buscaban el auditorio. Los seguí, adentrándome en el L'illa Diagonal. Allí estaba el AXA, empotrado en el culo del complejo comercial, con sus puertas cerradas y decenas de personas aglomeradas pidiendo que las dejaran entrar al concierto de Akarpa. Me acerqué justo en el momento en que uno de los encargados apostados en las puertas hablaba.

– El aforo de la sala es para seiscientos...Está totalmente lleno. Muchos han llegado desde las doce para asegurar silla. Lo siento.

No pude entrar. Allí terminé mi viaje, sin iniciación, sin iluminación y sin la experiencia de conocer a un monje tibetano. A mis ojos, asistir a un concierto de mantras por la paz mundial en Barcelona pasó a ser un acto tan esquivo y difícil como alcanzar la propia paz mundial. A esa hora, en lo alto de la ciudad, el concierto de los U2 también había empezado.